

Regresar a donde no estuvimos

de César Antonio Molina

Ignacio Solares

“El tiempo que debemos permanecer en la tierra es demasiado pequeño para que podamos ocuparnos de algo más que de nosotros mismos”, dice Cioran.

Es cierto, pero hay una infinidad de formas de ocuparnos de nosotros mismos. El escritor español, César Antonio Molina, ha logrado, en *Regresar a donde no estuvimos*, (Memorias de ficción, es su subtítulo) demostrarnos que, a partir de ese centro inevitable que somos nosotros mismos, es posible abrirse a las más amplias y contrarias corrientes del aire del mundo. Quizá porque precisamente la presencia inequívoca del autor obedece a que es el instrumento verbal necesario para el apoderamiento *del hombre como persona*, del hombre viviéndose y, lo que es más importante, sintiéndose vivir.

Un libro como éste, se convierte en algo así como una mano que tiene la esfera de su propia vida entre los dedos; la mira, la mueve y la hace girar, palpándola y mostrándola. La abarca íntegramente por fuera (como lo hace siempre la mejor literatura) y a la vez busca penetrar en la transparencia engañosa que cede poco a poco a un ingreso y una topografía. Y es por esto que un libro como el de César Antonio Molina quiere llegar al centro de la esfera —alcanzar la más plena esfericidad— y al no poder hacerlo con sus puros recursos propios (ah, el fastidioso y entrometido ego en la literatura, diría Borges) entonces Molina acude a la vía poética de acceso. Por cierto, la mejor vía de acceso, que relativiza el tiempo que “debemos permanecer en la tierra”, y nos abre a “lo otro”. En el inconsciente no existe el tiempo, aseguraba Freud, que sabía de eso. Ya ahí, ¿cuánto es el tiempo que “debemos permanecer en la tierra”? Por eso también estas memorias de ficción

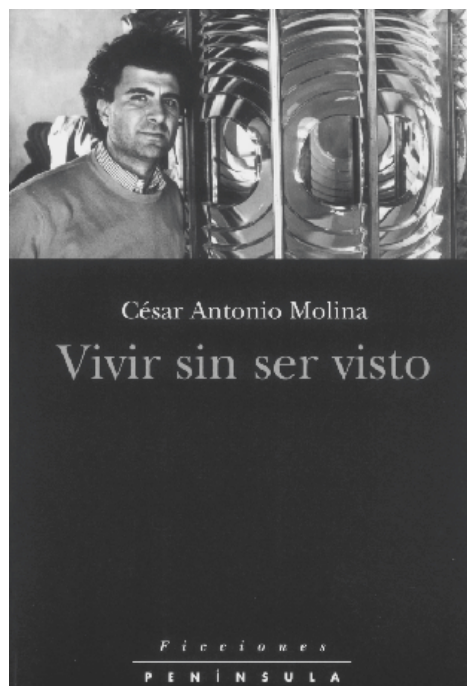


César Antonio Molina

emergen por momentos *casi* sin autor, de tanto que le cede la palabra a cuanto lo ha rodeado, a cuanto ha leído, a cuanto sitio ha conocido. Y vaya que ha sido rica la experiencia vital y literaria de Molina. Al avanzar en la lectura, uno se pregunta cómo ha podido conocer tal cantidad de sitios —que describe de una manera admirable— y haber leído tal cantidad de libros, tratándose de un autor relativamente joven.

Esa cualidad impersonal supone, sin remedio, una permanente preocupación por lo “trascendente” (palabrita sospechosa, si las hay). En los sitios, en los libros, en las películas, en la música que menciona, frente a todo aquel con quien se cruza, Molina adivina y transmite el signo de un “algo más”. “Todos seguimos a alguien que está siguiendo a alguien, pero a nosotros tam-

bién alguien nos sigue. Ni siquiera se oculta, pero no sabemos quién es”, escribe. ¿Es por esto que el autor consigue ocultarse detrás de su propia literatura, como en la novela consiguieron hacerlo un Flaubert o, más cerca de nosotros, un Vargas Llosa? La complicación tratándose de un libro de memorias parece obvia, a no ser que, como en este caso, el autor anteponga el poeta al narrador. “Las palabras saben de nosotros aquello que nosotros ignoramos de ellas”, agrega. Por eso no es desacertado mirar también esta obra de Molina desde la palabra misma; él lo quiere así, tiene la humildad del pintor que elabora ante nosotros sus colores y mezcla las tierras. ¿No se tiene frecuentemente la impresión, al leer el libro, de que se está asistiendo al acto creador mismo? Él lo confiesa: “Quizás entonces estaba



simplemente viviendo para contarlo ahora”. Dueño de sus palabras —a las que empiezo a por invectivar con legítima seducción de amante—, antepone entonces el poeta al narrador, en un libro que es, por lo demás, pura narración, riquísima y amena narración, recreación envolvente de los autores que menciona, de las casas en que vivieron o murieron esos autores, de la música que escucha, del cine que ve, de las personas con las que se cruza. Literalmente, Molina está en esos espacios íntimos de los escritores *con* los escritores, por más que éstos hayan muerto, algo que puede ser un mero accidente intrascendente, parece decirnos. Está (y estamos) con Víctor Hugo, con Flaubert, con Lezama Lima, con María Zambrano, con Joseph Roth, con Lautréamont, con Valle-Inclán, con Brecht... Esa recreación puede incluso darse por la ausencia de un objeto, como cuando nos habla de la casa de Flaubert: “El piso está lleno de luz y casi todas las estancias dan a la calle. Al verlo tan vacío, me doy cuenta de lo importante que son los muebles para identificar la huella de una persona. Sin embargo,

los manillares de las puertas y las puertas mismas fueron testigos de unos años de la vida de nuestro escritor”.

Víctor Hugo habló del poeta como un *médium*. Por eso Molina literalmente convoca fantasmas.

Leí de corrido sus cuatrocientas cincuenta apretadas páginas en un par de viajes en avión de once o doce horas cada uno, y me salvó del angustioso vacío del tiempo que “debemos permanecer en el aire”, que en mi caso es mucho peor que el de la tierra. Dios nos libre de esos viajes sin una lectura que nos atrape y nos apasione, que nos “enajene”, nos vuelve ajenos a nosotros mismos, y nos lleve a “cualquier lugar lejos de este mundo”, como decía Baudelaire “Nuestras soledades se reconocieron de inmediato”, dice en algún momento Molina, y si es en el aire, aún más.

“¿Y por qué un libro de memorias, además de un autor que no conoces, en lugar de una novela de un autor que ya conoces?” me preguntó con toda razón mi hija María José, que conoce mi terror apenas mis pies se elevan del suelo. Y es cierto,

¿por qué un libro de memorias? Supongo que porque desde que leí sus primeras líneas —todavía en tierra— me atrapó. Y también porque desde hace tiempo he renunciado a la ilusión de saber qué es exactamente la literatura y sus diferentes géneros; tanto como querer saber qué es el tiempo, la luz o el insomnio. Frente al misterio de su esencia sólo me cabe el consuelo de circunscribir y de nombrar sus manifestaciones más accesibles. La relación entre un escritor y su lector es casi siempre extraña y no parece fundarse en la razón sino en los sentimientos e incluso los instintos. Su semejanza con la pasión amorosa es sorprendente: surge de improviso y, aún en sus momentos más entrañables, tiene un carácter veleidoso: por qué lo leemos, dónde, cuánto tiempo nos lleva la lectura, qué significará o cuánto nos transformará en el futuro esa lectura. “Lo real es la imagen y la imagen es una forma de diálogo, una manera de comunicar”, dice Molina. Ese es el don de poeta, y a partir de él puede soportar la vida y no esperar más nada de ella: aquel que nada espera ya nunca nada le falta. Así nos lo dice él:

Qué difícil es quedarse solo. Sin Dios, sin amigos, sin amores, como un Narciso enloquecido al imaginar un mundo sin él, sin sus paisajes. Y la verdad te asalta por doquier, no sólo en el pensamiento, sino aquí, en el mundo, en la más directa y necesaria simplicidad de las cosas. La desesperanza nos da alas, y el que lo ha perdido todo se va volviendo ligero, muy ligero: es aquel al que nada le cabe esperar.

Ese Narciso —y en un libro de memorias— se ha trascendido a través de la poesía. **U**

César Antonio Molina nació en La Coruña en 1952. Destacado crítico literario y ensayista, su obra en prosa incluye los dos primeros tomos de sus “Memorias de ficción”, titulados *Vivir sin ser visto* y *Regresar a donde no estuvimos*, y la novela *Fuga de amor*. Dirigió el Círculo de Bellas Artes de Madrid y actualmente es Director del Instituto Cervantes.

La relación entre un escritor y su lector es casi siempre extraña y no parece fundarse en la razón sino en los sentimientos e incluso los instintos.